[Otra edición en: *Atlántida*, vol. VI, n.º 33, mayo-junio, 1968, 297-302. Editado aquí en versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*, con cita de la paginación original].
© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.

El África del Norte descubre su pasado

Martín Almagro Basch

[-297→]

La historia de esa extensa región que va del Nilo al Atlántico, donde hoy se nos ofrece el más grande desierto de la tierra, quedó sin relatar por los antiguos. Casi nada nos cuentan de ella los egipcios. Los fenicios y sus hermanos los cartagineses, pueblo que conoció la escritura muy pronto y estuvo en contacto, al menos al oeste y al norte con esta región, sí algo escribieron ha desaparecido.

Se ha echado la culpa al odio de los romanos contra Cartago: tras la victoria de Escipión el Africano se habría hecho desaparecer toda la literatura histórica y geográfica que los fenicios y púnicos habían escrito sobre los pueblos que habitaron esta extensa zona. Pero tal vez esta literatura histórico-geográfica púnica no existió nunca. No es seguro que los púnicos ni sus hermanos los fenicios se interesaran en relatarnos el carácter ni la historia de las poblaciones del África del Norte en donde a partir del siglo IX comerciaron y fundaron ciudades desde las Sirtes a Mogador en el Atlántico. Basta observar lo que hicieron en España, donde, presentes desde el siglo viii, no dejaron de nuestros aborígenes descripción ni relato alguno que se les pueda atribuir con seguridad.

Tampoco nos sirven para interpretar el pasado del África del Norte los textos de los griegos presentes con sus ciudades costeras en la Cirenaica. Por ejemplo, Heródoto apenas sabe unos cuantos nombres de los pueblos líbicos costeros, pero nada de los habitantes de más al sur o más al oeste. Los mismos romanos nos han relatado la historia de sus colonias y del desarrollo de su intensa colonización norteafricana, pero no la de los pueblos indígenas. Estos debieron presenciar la romanización como fenómeno extraño y pasajero y no cambiaron ni su sociedad, ni su economía básica, ni su lengua, hasta la llegada del islamismo. En realidad, el primero que nos dará un relato y visión histórico-étnica de las poblaciones norteafricanas en su unidad y diversidad será Aben Jaldun en el siglo XIV.

Sólo cuando los europeos pacificaron el extenso Sahara y las regiones mediterráneas del África Septentrional, se comenzó la ambiciosa tarea de reconstruir el pasado remoto de ese país tan vecino **[-297→298-]** a nosotros y cuya historia por un lado quedó, como hemos dicho, sin escribir en la Antigüedad, mientras por otro lado pronto se ofrecía llena de sugestivo interés y vitalidad. Lo primero que pudo captar la ciencia europea es que las tierras hoy desérticas no siempre habían sido una zona de repulsión humana como hoy se nos ofrecen. La investigación arqueológica confirmó el desarrollo de una intensa actividad humana en aquellas áreas hoy deshabitadas.

Por otra parte leyendas y arcaísmos patentes empujaron con su sugestión las investigaciones. Pronto se emprendió la tarea de analizar la antropología de las poblaciones actuales: se estudiaron las fuentes filológicas; sobre todo los vestigios de la cultura material se reunieron con método. Ha sido al término de la época colonial cuando se han

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

logrado los más espectaculares resultados, hasta el punto que las grandes líneas del desarrollo humano en el África del Norte ya no son un enigma. Las leyendas y las hipótesis poco fundadas han dado paso a una visión cimentada en miles de datos que las ciencias naturales y humanas han podido ofrecer al investigador del pasado de esta región iluminándolo de manera sorprendente.

A los españoles ese pasado nos interesa por tratarse de tierras cercanas a nuestras costas y por las sucesivas hipótesis manejadas para fijar relaciones con nuestra etnia. Prehistoriadores, etnólogos y antropólogos han sostenido continuamente conceptos que son hoy casi un lugar común entre nosotros, según los cuales, nuestra prehistoria, nuestra cultura y nuestra raza recibieron un acarreo africano que la investigación prehistórica, no solo de España, sino del África del Norte, se ha encargado de rechazar totalmente.

Siempre he estado atento a los avances de la investigación sobre el pasado remoto de esta región y he participado activamente con la aportación de nuevos hallazgos y con diversos trabajos de investigación. Hoy el tema me ofrece la ocasión de resumir su general interés, ante los resultados que nos ofrece un libro realmente importante que ha escrito el profesor C. B, M. Mac Burney, de la Universidad de Cambridge, después de una serie de meticulosas y largas campañas de excavaciones de la cueva de Hana Fteat en Cirenaica [1]. Este buen trabajo viene a esclarecer con muy precisa luz cuanto otros investigadores han venido alcanzando en la reconstrucción del pasado histórico de toda esa vecina región africana.

Los resultados logrados por Mac Burney son fruto sobre todo de una amplia y exigente colaboración tecnológica con la cual ha procurado asegurar una cronología a los hallazgos arqueológicos realmente sorprendente y del más alto nivel científico a lo largo de 80.000 años.

En cuatro fuentes principales se ha podido asentar estos resultados cronológicos. En primer lugar, Mac Burney ha podido reunir un crecido número de buenos y seguros análisis de carbono 14 utilizando servicios de diversos laboratorios europeos y americanos. Luego se **[-298→299-]** han analizado hasta 12.000 piezas de restos de mamíferos de entre miles de otros que nos permiten ver la evolución de la fauna. Su estudio lo ha realizado pacientemente E. S. Higgs. Un minucioso y ejemplar análisis .granulo-métrico de los niveles de la cueva ha llevado a cabo G. Sampson. Además, por primera vez, se han podido fijar las variaciones de la temperatura de los isótopos de oxígeno de las conchas marinas provenientes de los diversos niveles del yacimiento, logrando así saber los valores térmicos de las estaciones anuales en que se han cogido en el mar y su cronología absoluta. Este trabajo, de gran novedad e interés, ha sido realizado por C. Emiliani y T. Mayeda.

Gracias a estos auxilios de la moderna tecnología ha podido establecer el autor la sucesión de las etapas climáticas y cronológicas desde el comienzo de la presencia del hombre en la cueva hasta nuestros días.

Tras estos valiosos datos climáticos y cronológicos logrados por el empleo de una rigurosa técnica, el autor ha llevado a cabo el estudio de los restos de la industria humana que esta cueva ha proporcionado, y que nos permiten ir viendo cómo las manifestaciones culturales se han sucedido así a lo largo de 80 milenios.

Entre el 80.000 y el 65.000, cuando se desarrollaba el último período interglaciar Eemiense en Europa, el clima era más seco y cálido que el actual siendo aún más inhabitable que hoy el desierto. Solo en la zona costera vivía el hombre como simple y

[1] C. B. M. Mac Burney, *The Hana Fteah* (*Cirenaica*) *and the stone age of the South-East Mediterranean*, Cambridge University Press, 1967, 387 págs. + 17 láms. + 143 figuras + 2 cuadros de inventarios.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

pobre cazador con una industria lítica que el autor llama pre-auriñaciense y que duró unos 10.000 años. No puede dudarse de su parentesco con las culturas del llamado pre-auriñaciense del Oriente Medio.

A esta cultura la suceden otras debidas al hombre del Neanderthal, pero de un tipo diferente a los representantes de esta raza hallados en Europa y semejantes a los hallados en el Norte de África y en el Oriente Próximo. Desarrolla las culturas mustero-levalloisienses, que ofrecen curiosas variantes y perduraron grandemente en esta región hasta el 38.000 a. de C. Entonces comenzó a ser más fresco el clima, pero aún debió ser todo el norte de África zona deshabitada en su mayor parte. La cultura de hojas de sílex que entonces se desarrolla en el Dabbaiense. Enlaza con la llamada industria emirense de Palestina. Duró largo tiempo hasta el 15.000 a. de C. cuando ya en España y en toda Europa había desaparecido el hombre de Neanderthal y vivía el Homo Sapiens. El clima fue refrescando y poco a poco el desierto se preparó para desarrollar la flora y la fauna que permitió su habitabilidad para el hombre. Hacia el 15.000 antes de Cristo aparece un nuevo horizonte cultural que nos denuncia la llegada del Homo Sapiens. Lo vemos avanzar por todo el África del Norte entre el 15.000 y el 8.000 a. de C. con el nombre de Oraniense, que Mac Burney emplea orillando la denominación ibero-mauritano que se vino usando siempre, hija de la tendencia falsa, hoy desacreditada, a incorporar la Península Ibérica a la secuencia histórica del África del Norte. Estos hombres y su cultura oraniense proceden de las culturas skifiense y **[-299→300-]** nebekiense de Palestina y Siria. A este hombre oraniense lo sustituye, de Cirenaica a Túnez, una nueva cultura que llega ya formada y que llamamos capsiense. Su origen queda aún incierto, pero parece que los hombres que la propagan son unos mediterráneos gráciles de diversa raza que los mediterráneos robustos del oraniense, que perduraron más hacia el oeste. Luego entre el 5.000 al 2.700 a. de C. se desarrolla el "neolítico de tradición del capsiense" durante un período plenamente fresco y húmedo en el cual el Sahara se puebla de pinos, cipreses y praderas de sabana. Durante esta etapa la población se aumenta sin que se produzcan cambios étnicos profundos, pero sí irradiaciones culturales que hacen llegar hasta la región por difusión la ganadería de cabras, ovejas y toros como animales domésticos, y con ellos llega también una agricultura incipiente. El ganado vacuno debía tener un valor ritual y no se sacrificaron ni comieron corrientemente toros ni vacas como aún ocurre hoy entre los pueblos nuer, shiluk, dinka, nuba y otros nilóticos y también entre los peul y demás pueblos pastores camíticos africanos.

Estas aportaciones culturales llegarían desde Egipto y también avanzarían por el Mediterráneo, pues algunos fragmentos de cerámica aparecidos en la cueva son de un tipo característico del neolítico cretense de Cnosos. Del 2.500 a. de Cristo en adelante, los restos hallados son de época histórica: pobres vestigios de la cultura faraónica, griega y romana. A partir de esta época, sobre todo hacia el 2.000 a. de C. se fue de nuevo acercando más y más el clima seco y cálido y fue avanzando la desertización de la región, proceso que aún continúa en nuestros días.

Si los resultados tan metódicamente obtenidos y expuestos por Mac Burney para Cirenaica dan luz nueva a toda la región oriental del Sahara, también podemos con ellos iluminar el pasado del Norte de África Occidental. Hoy podemos encajar en esos seguros cambios climáticos establecidos lo mucho que de las culturas norteafricanas sabemos, gracias sobre todo a la labor de los colegas franceses, que han establecido una secuencia estratigráfica y cronológica que ilustra el oscuro pasado de tan extensa región [2].

[2] El mismo Mac Burney, en su libro, dedica caballerosamente un elogio a los prehistoriadores franceses. La síntesis de cuanto la ciencia francesa ha logrado en la reconstrucción del pasado del Magreb puede

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Durante el paleolítico inferior fue muy africana; en el paleolítico medio y final, el África del Norte se vincula a Palestina. Lo mismo ocurre con las culturas del Valle del Nilo de esa época. En cuanto al fenómeno cultural y étnico capsiense, Mac Burney, como Veaufrey, quiere originarlo en Sicilia, pero esta hipótesis no está aún suficientemente probada y nosotros creemos en su origen africano. El neolítico llegó desde el Oriente Próximo, y avanzó del este hacia el oeste por dos rutas y lentamente: por el norte costero y por el sur del actual desierto, cuando **[-300→301-]** ofrecía esta región el óptimo climático de humedad y frescor. De ninguno de estos fenómenos culturales norteafricanos participó España, ni poco ni mucho.

Los hallazgos que van desde Sehainab a Wanyanga en el Sudán hasta los de Meniet y Adrar Bus y los yacimientos hallados por nosotros en el Sahara Occidental prueban la intensidad y permanencia de esta corriente cultural. Muy poco de ella penetró en la región del tell mediterráneo del África Septentrional donde los oranienses recibieron el neolítico muy tarde por contactos con el este y sur de la región y por pequeñas pero eficaces penetraciones llegadas desde España a Argelia y Marruecos y desde Italia y Sicilia a la región de Túnez.

Hoy podemos asegurar que el neolítico antiguo y reciente de Marruecos y del Oranesado no aportó nada a la Península. Por el contrarío, podemos afirmar que mientras se desarrollaba el neolítico pobre del Magreb ha llegado a esta región el conocimiento de la metalurgia o más bien podríamos decir la importación de objetos de bronce y otros muchos elementos culturales traídos por hombres mediterráneos. Representan claramente la llegada de colonizadores de raza mediterránea mesocefálicos o subdolicocéfalos: entre sus importaciones figura la oxidiana, procedente de las islas volcánicas del sur de Italia, el vaso campaniforme hispánico y otros muchos elementos culturales. Eran hombres de menor talla que los oranienses de la raza de Mechta-el-Arbi. Sus descendientes, del tipo de los mediterráneos gráciles con cabellos y ojos muy claros, hoy son patentes sobre todo entre los pueblos del Rif y de la Kabilia. Excavaron sus enterramientos en las rocas de la región de Túnez, formando grandes necrópolis del mismo tipo que las de Sicilia como Castelluccio y otras de la Italia meridional, e introducen los dólmenes por toda la berbería, pasándolos desde España, Con estos monumentos han llegado los puñales de cobre con lengüeta corta para el enmangue de tipo ibérico, las hachas de bronce, las alabardas también de tipo ibérico, etc.; toda esta corriente civilizadora debe fecharse a lo largo del segundo milenio y continuó hasta los comienzos del primero mientras se desarrollaba en la Península Ibérica el Bronce I y II hispano.

Finalmente conocemos la colonización de los griegos en Cirenaica y de los fenicios y los chipriotas desde Trípoli a Mogador, realizadas ambas ya en el último milenio a. de C. Llegaron con sus pacotillas a comerciar en el litoral norte-africano, luego fundaron ciudades y ejercieron un evidente influjo con el conocimiento de la metalurgia del hierro. El más representativo y potente de estos centros urbanos, fue Cartago. Gran potencia mediterránea, llegó a rivalizar con Roma, la cual, destruido Cartago, heredó en África la obra iniciada por los fenicios y griegos.

La obra de estas ciudades convierten el Norte de África en un país cada vez más acusadamente ligado a la historia del *Mare Nostrum*. A ello colabora grandemente el avance de la continua desecación del Sahara; extensas regiones viven sus últimos mo-

verse entre otras en las obras esenciales siguientes: M. Vaufrey, *Préhistoire de l'Afrique I*: *Magreb*, París, 1955; L. Balout, *Préhistoire de l'Afrique du Nord*, París, 1955; H. Camps-Fabrer, *Matière et Art mobilier dans la Préhistoire Nord-Africaine et Saharienne*, París, 1966; y G. Camps, *Monuments et rites funéraires protohistoriques*, París, 1961.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

mentos de esplendor vital a partir del año 1.000 antes **[-301→302-]** de Cristo, convirtiéndose luego en esa inmensa área estéril actual. Por otra parte, los países mediterráneos habían alcanzado un gran desarrollo en la navegación debido al mejor trabajo de la madera y al descubrimiento de la brea o pez para calafatear los navios. Gracias a estos adelantos técnicos, los comerciantes y colonos griegos y púnicos fueron incorporando más y más todo el Magreb a la historia del Mediterráneo, a cuya vida se vincula tras Roma, los vándalos y Bizancio, pero sobre todo con los árabes que unen el Sahara de nuevo al mismo proceso histórico que las regiones del norte y a la vez vinculan todas estas regiones al Oriente Medio.

Pero estos influjos históricos es preciso hoy valorarlos de diversa manera a como a veces se ha hecho al historiar el pasado de esta región.

Es evidente que fue Roma la que más influyó y penetró en el Norte de África. Su pujante imperio, ya en los finales del siglo ni y los comienzos del siglo n antes de Cristo, vence y elimina a Cartago y hereda también la continuidad de la obra que habían representado las colonias griegas costeras de la Cirenaica.

A la vez, con Roma, los reyes númidas aspiran a ser soberanos helenísticos y se impregnan, en lo posible, de latinidad. El Norte de África llegará a aportar valores sustanciales a la cultura latina. Mas la investigación histórica nos ha descubierto que este período cultural del África del Norte es solo el reflejo de las ciudades y de la obra de colonización de los ciudadanos, soldados y magistrados romanos. El pueblo indígena, del que poco sabemos, mantuvo su cultura ancestral y se enraiza en el inmenso Sahara, cada vez más estéril y más refractario a los influjos mediterráneos, que, primero Cartago y luego Roma, representaron en su historia.

La ocupación pasajera de los germanos vándalos representó de nuevo la desvinculación de esta región de la historia de Europa. Luego pasa a los bizantinos, para unirse como siempre había ocurrido al Oriente Medio, sobre todo con la islamización y el arabismo. El Islam, con sus ideas, conquista pronto toda esta extensa región. Pacta con las reliquias de su pasado en muchos lugares y supera cuanto habían representado Roma y Bizancio como fuerza civilizadora, incluido el cristianismo, de cuya presencia en el mundo rural indígena estamos escasísimamente informados. Del mar Rojo al Atlántico y del Mediterráneo a las sabanas ecuatoriales, los seguidores de Mahoma dan un sello de unidad a toda esta inmensa región, cada vez más desolada.

Fue sólo tras el Islam, que supo unificar los pueblos y tradiciones de tan extensa parte de África, cuando lograda una unidad espiritual, esta región se proyecta sobre España. Pero lo hace al servicio del islamismo que fue creado y empujado por los árabes y representa también un fenómeno étnico y cultural originado en el Oriente Próximo, a cuyo pasado estuvo siempre ligado, según hoy sabemos con certeza, todo el África del Norte.

© Herederos de Martín Almagro Basch
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia